

En un momento de la vida de la Marquesa



XIII

**E**l sol entraba en el salón amarillo y en el gabinete de la Marquesa por los anchos balcones abiertos de par en par; estaba convidado también, así como el vientecillo indiscreto que movía los flecos de los guardamallitas de raso, los cristales prismáticos de las arañas, y las hojas de los libros y periódicos esparcidos por el centro de la sala y las consolas. Si entraban raudales de luz y aire fresco, salían corrientes de alegría, carcajadas que iban á perder sus resonancias por las calles solitarias de la Encima-

da, ruido de faldas de enaguas almidonadas, de manteos crugientes, de sillas traídas y llevadas, de abanicos que aletean... Lo mejor de Vetusta llenaba el salón y el gabinete. Doña Rufina vestida de azul eléctrico, empolvada la cabeza que adornaban flores naturales que parecían, sin que se supiera por qué, de trapo, doña Rufina reinaba y no gobernaba en aquella sociedad tan de su gusto, donde canónigos reían, aristócratas fatuos hacían el pavo real, muchachuelas coqueteaban, jamonas lucían carne blanca y fuerte, diputados provinciales salvaban la comarca, y elegantes de la legua imitaban las amaneradas formas de sus congéneres de Madrid.

La Marquesa tendida en una silla larga, forrada de satén, estaba en la galería de su gabinete respirando con delicia el aire fresco de la calle. Se disputaba á gritos. Cerca de ella, triunfante, en pié, con un abanico de nácar en la mano derecha, dándose aire voluptuosamente, ostentaba Gloucester su buena figura torcida. Con la mano izquierda sujetaba, como con un clavo romano, los pliegues del manteo, que caía con gracia camino del suelo, deteniéndose en brillante montón de tela negra sobre la falda de color cereza de la siempre llamativa Obdulia Fandiño; quien á los piés de la Marquesa y á los piés del Arcediano, sentada en un taburete histórico (robado al salón arqueológico del marqués) se inclinaba más graciosa que recatada y honesta sobre el regazo de su noble amiga. Estas tres personas formaban grupo en el balcón de galería, y desde el gabinete, sentados aquí y allá, y algunos en pié, oían á Gloucester tres canónigos más, el capellán de la casa, don Aniceto, tres damas nobles, la gobernadora civil, Joaquinito Orgaz, y otros dos pollos vetustenses, de los que estudiaban en la Corte.

Se discutía á gritos, entre carcajadas, con chistes repetidos de generación en generación y de pueblo en

pueblo, y con frases hechas inveteradas, si la mujer puede servir á Dios lo mismo en el siglo que en el claustro; y si se necesita más virtud para atreverse á resistir las tentaciones que asedian en el mundo á una buena madre y fiel esposa, que para encerrarse en un convento.

Todas las señoras menos una, alta, gruesa y vestida con hábito del Carmen (una señora que parecía un fraile) sostenían que tiene más mérito la buena casada del siglo que la esposa de Jesús.

La gobernadora se exaltaba; accionaba con el abanico cerrado y puesto sobre su cabeza y llamaba *señor mío* al Arcediano.

Gloucester defendía el claustro, pero batiéndose en retirada por galantería, sonriendo y abanicándose.

En el salón se hablaba de política local. Gran conflicto habrían creado al gobierno, en opinión de todos los del corro, el alcalde presidente del Ayuntamiento y la viuda del marqués de Corujedo exigiendo el mismo estanquillo, el importante estanquillo del Espolón para sus respectivos recomendados.

El jefe económico había dicho que allá el gobernador; lo estaba refiriendo él á los presentes. El gobernador había consultado al gobierno por telégrafo (lo acababa de decir la gobernadora), y el gobierno tenía que decidir entre desairar á la dama conservadora que disponía de más votos en Vetusta ó á uno de los más firmes apoyos de la causa del orden, que era el señor alcalde.

Los pareceres se dividían. El marqués de Vegallana y Ripamilán, que estaba en medio del grupo, volviéndose á todos lados, opinaban que *ellos gobierno*, darian el estanco á la viuda. «¡Primero que todo eran las señoras!»

Trabuco, ó sea Pepe Ronzal, de la comisión provincial, creía con la mayoría de los presentes, el jefe eco-

nómico inclusive, que la razón de estado aconsejaba preferir la pretensión del alcalde, aunque éste, según malas lenguas, quería el estanco para una su ex-concubina.

—¡Ya ven Vds., eso es un escándalo!—decía el marqués, que tenía todos sus hijos ilegítimos en la aldea;—ese hombre no sabe recatarse...

—Yo paso por eso—decía el Arcipreste;—lo malo no es que él quiera pagar deudas sagradas, lo malo es haberlas contraído... ¡Pero la otra es una dama!...

Mientras en el salón y en el gabinete se discutía así y de otras muchas maneras, por las habitaciones interiores del primer piso, por el comedor, por los pasillos, por la escalera que conducía al patio y á la huerta, corrían alegres, revoltosos, Paco Vegallana, que celebraba sus días, Visitación, Edelmira, sobrina de la marquesa (una niña de quince años que parecía de veinte), don Saturnino Bermúdez y el señor de Quintanar; la Regenta y don Álvaro Mesía presenciaban los juegos inocentes de los otros desde una ventana del comedor que daba al patio.

Quintanar le había pedido á Paco un batín para reemplazar la levita de tricot que se le enredaba en las piernas. El batín le venía ancho y corto. Era de alpaca muy clara.

El Magistral se encontró en la escalera con Visitación y Quintanar que buscaban por los rincones la petaca del ex-regente, que Edelmira y Paco habían escondido. Don Saturnino Bermúdez, pálido y ojoso, con una sonrisa cortés que le llegaba de oreja á oreja, venía detrás, solo, también hecho un loquillo de la manera más desgraciada del mundo. Daba tristeza verle divertirse, saltar, imitar la alegría bulliciosa de los otros. Pero, amigo, era su obligación: era pariente, era de los íntimos de la casa, de los que se quedaban á comer, y necesitaba hacer lo que los demás, correr,

alborotar, y hasta dar pellizcos á las señoras, si á mano venía. Siempre se quedaba solo; si quería decir algo á la Regenta, á Visitación ó á Edelmira, le dejaban las damas con la palabra en la boca, sin poder remediarlo, distraídas. No era falta de educación, sino que los párrafos de Bermúdez eran tan complicados, constaban de tantos incisos y colones, que oírle uno entero sería obra de regla. Cuando vió al Magistral vió el cielo abierto; ya tenía pretexto para volver á ser formal. Le saludó con la finura «que le era característica» y se dispuso á acompañarle al salón. Paco le había saludado de lejos, de prisa y mal, porque en aquel momento huía con la petaca de Quintanar á esconderla en la huerta, seguido de Edelmira, su más rolliza y vivaracha y colorada prima.

—Es loco ese chico, cuando se pone á enredar—dijo Bermúdez disculpando á su pariente, y como recibiendo en calidad de deudo de los marqueses al señor Magistral.

Don Fermín miró de soslayo á la Regenta y á don Álvaro que hablaban en la ventana del comedor. Hizo como que no los veía, y con un poco de fuego en las mejillas, se dejó llevar por don Saturnino hasta el salón.

Los señores graves le recibieron con las más lisonjeras muestras de respeto y estimación.

—¡Oh, señor Magistral!

—¡Oh cuánto bueno!

—Aquí está el Antonelli de Vetusta.

El Marqués le dió un abrazo, que envidió un cura pequeño, paniaguado de la casa.

Ripamilán estrechó la mano de don Fermín con cariño efusivo; y juntos pasaron al gabinete.

Los tres canónigos se levantaron; la señora que parecía un fraile sonrió satisfecha y murmuró:

—¡Ah, señor Provisor!...

—Gracias á Dios, señor perdido...—gritó la Marquesa incorporándose un poco y alargando una mano, que desde lejos, y gracias á su buena estatura, pudo estrechar el Magistral con gallardía, haciendo un arco sobre el cuerpo gentil, color cereza, de Obdulia, que desde allá abajo parecía querer tragar al buen mozo en los abismos de los grandes ojos negros.—El Arcediano se quedó con el abanico abierto, inmóvil, como aspa de molino sin aire. Comprendió de repente que acababa de ser desbancado; de papel principal se convertía en partiquino. En efecto, su discurso, que escuchaban con deleite curas y damas, se ahogó sin que nadie lo echase de menos. Gloucester se sintió eclipsado de tal modo, que hasta creyó tener frío, como si de pronto se hubiera escondido el sol.

«Siempre sucedía lo mismo; había motivo para aborrecer á aquel hombre.» Sin embargo, Mourelo, á fuer de canónigo de mundo, ocultó una vez más sus sentimientos y tendió la mano á su enemigo, acompañando la acción con una catarata de gritos guturales con que significaba su inmensa alegría.

—¡Hola, hola, hola!..—y daba palmaditas en el hombro al otro.

El Magistral no pudo saborear tranquilamente aquel triunfo vulgar, ordinario, porque sin querer pensaba en el grupo de la ventana del comedor. Mientras respondía con modestia y discreción á todos aquellos amigos, su imaginación estaba fuera.

Pasaban minutos y minutos y los del comedor no venían.

«¿Comería en casa de la Marquesa, Anita? Entonces no iría á reconciliar aquella tarde, como rezaba su carta...»

La aparente cordialidad y la alegría expansiva de todos los presentes, ocultaba un fondo de rencores y envidias. Aquellas señoras, clérigos y caballeros par-

ticulares estaban divididos en dos bandos enemigos en aquel instante; el bando de los envidiados y el de los envidiosos; el de los convidados á comer, que eran pocos, y el de los no convidados. Aunque se hablaba tanto de tantas cosas, la idea que preocupaba á todos era la del convite. No se aludía á él y no se pensaba en otra cosa. Empezaron las despedidas, y los que se iban disimulaban el despecho, cierta vergüenza; se creían humillados, casi en ridículo. Muchacho había que saludaba torpemente y salía como corrido. Las señoras eran las que peor fingían tranquilidad é indiferencia. Algunas salían ruborizadas. Gloucester era de los que no estaban convidados. La duda que le mortificaba era ésta: «¿Y él? ¿está convidado De Pas?» No lo sabía, y no quería marcharse sin averiguarlo. Como pasaba el tiempo, y ya gabinete y salón quedaban poco á poco despejados, el Magistral creyó que debía irse. Se acercó á la Marquesa, pero no tuvo valor para despedirse y le habló de cualquier cosa. En aquel momento entró Visitación en el gabinete, echando fuego por ojos y mejillas, habló aparte, y «con permiso de aquellos señores» á la Marquesa y á Obdulia: las tres rodearon al Magistral y con permiso de los señores—que ya no eran más que el Arcediano y dos pollos vetustenses insignificantes,—tuvieron con él un conciliábulo en que hubo risas, protestas del Magistral, mimosas y elegantes en los gestos que las acompañaban. En los murmullos de las damas habría súplicas en quejidos, coqueterías sin sexo, otras con él, aunque honestamente señaladas; Gloucester, que fingía atender á lo que le decían los pollos insulsos, devoraba con el rabillo del ojo á los del grupo. «No cabía duda, le estaban suplicando que se quedase á comer.» Terminó el conciliábulo, salieron Obdulia y Visitación, corriendo, alborotando, haciendo alarde de la confianza con que trataban á los marqueses, y los jóvenes se

despidieron. Quedaban en el gabinete la Marquesa, el Magistral y Gloucester. Hubo un momento de silencio. El Arcediano se dió un minuto de prórroga para ver si el otro se despedía también. En el salón se oyó la voz de algunos que decían adiós al Marqués... ya no quedaban en la casa más que los convidados... Gloucester, sacando fuerzas de flaqueza, se levantó, tendió la mano á doña Rufina, y salió diciendo chistes, haciendo venias y prodigando risas falsas. Iba ciego; ciego de vergüenza y de ira. «¡Convidar al otro... á un prebendado de oficio... y desairarle á él... que era dignidad! Siempre el enemigo triunfante!... Pero ya las pagaría todas juntas.»

En el portal, mientras se echaba el manteo al hombro (y eso que hacía calor) pensó esta frase: «¡esta señora marquesa es una... trotaconventos, es una Celestina!... Se quiere perder á esa joven! se quiere *metérselo* por los ojos!... Y salió á la calle pensando atrocidades y buscando fórmula *decorosa* para comunicar al prójimo lo que pensaba.

Los convidados eran: Quintanar y señora, Obdulia Fandiño, Visitación, doña Petronila Rianzares (la señora que parecía un fraile), Ripamilán, Álvaro Mesia, Saturnino Bermúdez, Joaquín Orgaz, y á última hora el Magistral con algunos otros vetustenses ilustres, v. gr., el médico Somoza. Edelmira se cuenta como de la casa, pues en ella era huésped.

Otros años no se celebraban de esta manera los días de Paco; los celebraba él fuera de casa. Pero esta vez se había improvisado aquella fiesta de confianza y se comía á la española, por excepción, para visitar por la tarde, en los coches de la casa, la quinta del Vivero, donde el marqués tenía una quinta rodeada de grandes bosques y una fábrica de curtidos, montada á la antigua. Se trataba de ir á ver los perros de caza y uno del monte de San Bernardo que Paco había comprado

días antes. Eran su orgullo. Después de las mujeres venales, el marquesito adoraba los animales mansos, sobre todo perros y caballos.

Lo de convidar al Magistral había sido un *complot* entre Quintanar, Paco y Visitación. La idea se debía á la del Banco. Era una broma que quería darle á Mesia; quería ver al confesor y al diablo, al tentador, uno en frente de otro. Á Quintanar se le dijo que se convidaba á De Pas para ver á Obdulia coquetear con el clérigo, y al pobre Bermúdez, enamorado de la viuda, rabiarse en silencio. Á Quintanar le pareció bien la ocurrencia, pero dijo «que él se lavaba las manos, por lo que había de irreverente en el propósito; á pesar de que ya se sabía que él consideraba á los curas tan hombres como los demás.»

—Por otra parte—añadió el ex-regente—me alegro de que don Fermín coma con nosotros, porque de este modo se le quitará á mi mujer la idea empecatada de ir á reconciliar esta tarde... Quiero que se acostumbre á ver á su nuevo confesor de cerca, para que se convenza de que es un hombre como los demás... Eso es... y salvo el respeto debido... á ver si Vds. me lo emborrachan...

Paco no quería perjudicar á Mesia en sus planes, á los cuales tal vez obedecía en parte la fiesta de aquel día; pero encontró muy gracioso y picante el molestar al señor Magistral, si, como Visitación sospechaba, á este ilustre canónigo le disgustaba ver á la Regenta entregada al brazo secular de Mesia.

Visitación había dicho á Paco de buenas á primeras, que ella lo sabía todo, que Alvaro tampoco para ella tenía secretos.

—¿Pero y Ana? ¿te ha dicho algo?

—¿Ana? En su vida; buena es ella. Pero déjate...

—Por supuesto que no se trata más que de una cosa... *espiritual*...

—Ya lo creo... espiritualísima...  
—Porque sino, nosotros... no nos prestaríamos... ya ves... el pobre don Víctor...

—¡Ya se ve!... Bromas, chico, nada mas que bromas; pero ya verás como al Provisor le saben á cuerno quemado (así hablaba Visitación con sus amigos íntimos).

—Le consolará Obdulia, que le asedia y le prefiere á don Saturno, al mitrado y á mi amigo Joaquín.

—Pero él la aborrece... es muy escandalosa... no le gustan así...

—Tú si que le odias á él...

—Me cargan los hipócritas, chico... Y oye; á ti te conviene que el Magistral se quede.

—¿Por qué?

—Porque Obdulia te dejará en paz, y podrás cultivar á la primita... ¡Oh, eso sí que no te lo perdono! Protejo la inocencia... yo vigilaré...

—No seas boba... basta que esté en mi casa para que yo la respete...

—¡Ay, ay! qué bueno es eso... mire el señor del respeto... no me fio...

Edelmira había interrumpido el diálogo y sin más se convino en rogar á la Marquesa que convidase, con reiteradas súplicas, si era preciso, al señor Magistral.

Visitación lo arregló todo en un minuto.

Como siempre. Donde ella estaba, nadie hacía nada más que ella. Pasaba la vida ocupada en su gran pasión de tratar asuntos de los demás, de chupar golosinas ajenas, y comer fuera de casa. Allá quedaba el modesto marido, el humilde empleado del Banco, de cuerpo pequeño, de rostro de ángel envejecido, atuando el bigotillo gris y cuidando de la prole. Visitación lo exigía así. No había de hacerlo ella todo. ¿Quién guiaba la casa? ¿Quién la salvaba en los apuros? ¿Quién conjuraba las cesantías? ¿Quién sorteaba las

dificultades del presupuesto? ¿Quién era allí el gran arbitrista rentístico? Visitación. Pues que la dejasen divertirse, salir; no parar en casa en todo el día. Además, era mujer de tal despacho que su ajuar quedaba dispuesto para todo el día, la casa limpia, la comida preparada antes que en otros lugares se diese un escobazo y se encendiese lumbre. Algo sucio iba todo, pero iba tranquila la conciencia, salía á caza de noticias, de chismes, de terrones de azúcar y de recomendaciones la señora del Banco que estaba en todas partes y siempre en activo servicio.

Su nueva campaña, la más importante acaso de su vida, la llamaba ella *para meterle por los ojos á ese*: el dativo que se suplía era Anita. Quería meterle á don Alvaro por los ojos, y después de la conversación de la tarde anterior con Mesía, no pensaba en otra cosa. Por la mañana había ido á casa de Quintanar, quien se paseaba por su despacho, en mangas de camisa, con los tirantes bordados colgando: representaban, en colores vivos de seda fina, todos los accidentes de la caza de un ciervo fabuloso de cornamenta inverosímil. Ocupábase don Víctor en abrochar un botón del cuello; mordía el labio inferior, y estiraba la cabeza hacia lo alto, como si pidiera ayuda á lo sobrenatural y divino. Visitación entró en el despacho equivocada...

—¡Ah! Vd. dispense—dijo—¿estorbo?

—No, hija, no; llega Vd. á tiempo. Este pícaro botón...

Y mientras le abrochaba, la dama, sin quitarse los guantes, el botón del cuello, don Víctor comenzó á darle cuenta de sus propósitos irrevocables de distraer á su mujer...

—Mi programa es éste.

Y se lo expuso *c* por *b*.

Visitación lo aprobó en todas sus partes y juntos se fueron al tocador de Ana, que de prisa y como ocul-

tándose, cerraba en aquel instante la carta que poco después don Fermín leía delante de su madre.

Casi á viva fuerza habían hecho Visitación y Quintanar que Ana se vistiera, «como Dios manda,» y saliese con ellos. Visita se había separado en la plaza de la catedral para ir al asunto de la *Libre Hermandad*. En la casa de Vegallana se volverían á ver. La Marquesa había escrito muy temprano á los Quintanar convidándoles á comer y anunciándoles el programa del día. Ana disputó con su marido; quería ir á reconciliar, se lo había dicho así en una carta al Provisor, no era cosa de traerle y llevarle. «—Nada, nada! Don Víctor estaba dispuesto á ser inflexible...»

—Reconciliarás, si te encuentras con fuerzas para ello, después de comer en casa del Marqués; y presto, para ir en seguida al Vivero... ¡No transijo!

Y se fueron á dar los días á varios Franciscos y Franciscas.

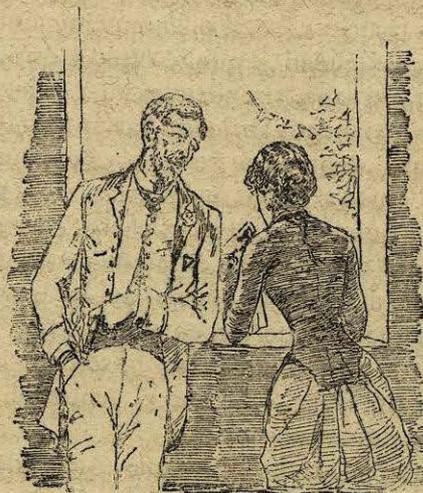
Á la una y cuarto estaban en casa del Marqués.

Lo primero que vió Ana fué á don Alvaro.

Tuvo miedo de ponerse encarnada, de que le temblase la voz al contestar al cortés saludo de Mesia. Miró á su marido, algo asustada, pero Quintanar estrechaba la mano de don Álvaro con cariñosa efusión. Le era muy simpático, y aunque se trataban poco, cada vez que se hablaban estrechaban los lazos de una amistad incipiente que *amenazaba* ser íntima y duradera. Don Álvaro tenía para Quintanar el raro mérito de no ser terco: en Vetusta todos lo eran según el buen aragonés; pero aquel modelo de caballeros elegantes no insistía en mantener una opinión descabellada, siempre concluía por darle la razón á Quintanar, quien decía á espaldas del buen mozo: «¡ Si éste se fuera á Madrid haría carrera... con esa figura, y ese aire, y ese talento social!... Oh, ha de ser un hombre!»

Ana tomó la resolución repentina de dominarse, de tratar á don Alvaro como á todos, sin reservas sospechosas, pensando que en rigor nada había, ni podía, ni debía haber entre los dos.

Cuando, pocos minutos después, hábilmente la sitiaba junto á una ventana del comedor, mientras Víctor iba con Paco á las habitaciones de éste á ponerse el batín ancho y corto, la Regenta necesitó recordar, para mantenerse fría y serena, que nada serio había



habido entre ella y aquel hombre; que las miradas que podían haberle envalentonado no eran compromisos de los que echa en cara ningún hombre de mundo. Ana hablaba de los hombres de mundo por lo que había leído en las novelas; ella no los había tratado en este terreno de prueba.

Don Álvaro se guardó de aludir al encuentro de la noche anterior; nada dijo de la escena rápida del parque; pero habló con más confianza, en un tono familiar que nunca había empleado con ella. Se habían hablado pocas veces y siempre entre mucha gente.

Ana trataba á todo Vetusta, pero con los hombres siempre había sido poco íntima y nada continuadas sus relaciones. Sólo Paco y Frigilis eran amigos de confianza. No era expansiva; su amabilidad invariable no animaba, contenía. Visita aseguraba que aquel co-razoncito no tenía puerta. Ella no había encontrado la llave por lo menos.

Don Álvaro habló mucho y bien, con naturalidad y sencillez, procurando agradar á la Regenta por la bondad de sus sentimientos más que por el brillo y originalidad de las ideas. Se veía claramente que buscaba simpatía, cordialidad, y que se ofrecía como un hombre de corazón sano, sin pliegues ni repliegues. Reía con franca jovialidad, abriendo bastante la boca y enseñando una dentadura perfecta. Ana encontró de muy buen gusto el sesgo que Mesía daba á su extraña situación. Cuando don Álvaro callaba, ella volvía á sus miedos; se le figuraba que él también volvía á pensar en lo que mediaba entre ambos, en la aparición diabólica de la noche anterior, en el paseo por las calles, y en tantas citas implícitas, buscadas, indagadas, solicitadas sin saber cómo por él; cobarde, criminalmente consentidas por ella.

Mesía era poco más alto que Ana; don Álvaro tenía que inclinarse para que su aliento, al hablar, rozase blandamente la cabeza graciosa y pequeña de la dama. Parecía una sombra protectora, un abrigo, un apoyo; se estaba bien junto á aquel hombre como una fortaleza. Ana, mientras oía, con la frente inclinada, mirando las piedras del patio, sólo podía vislumbrar de soslayo el gabán claro, pulquérrimo del buen mozo. Don Álvaro al moverse con alguna viveza, dejaba al aire un perfume que Ana la primera vez que lo sintió reputó delicioso, después temible; un perfume que debía marear muy pronto; ella no lo conocía, pero debía de tener algo de tabaco bueno y otras cosas

puramente masculinas, pero de hombre elegante solo. Á veces la mano del interlocutor se apoyaba sobre el antepecho de la ventana; Ana veía, sin poder remediarlo, unos dedos largos, finos, de cutis blanco, venas azules y uñas pulidas, ovaladas y bien cortadas. Y si bajaba los ojos más, para que el otro no creyese que le contemplaba las manos, veía el pantalón que caía en graciosa curva sobre un pié estrecho, largo, calzado con esmero ultra-vetustense. No podía haber pecado ni cosa parecida en reconocer que todo aquello era agradable, parecía bien y debía ser así.

Ana oía vagamente los ruidos de la cocina donde Pedro disponía con voces de mando los preparativos de la comida; el rumor de los surtidores del patio y las carcajadas y gritos de su marido, de Visita, de Edelmira y de Paco, que iban y venían por las escaleras, por los corredores, por la huerta, por toda la casa.

No había visto al Provisor entrar. Visita se acercó á la ventana para decirle al oído:

—Hijita, si quieres, puedes confesar ahora porque ahí tienes al padre espiritual... ya comerá contigo.

Ana se estremeció y se separó de Mesía sin mirarle.

—Hola, hola—dijo don Víctor que entraba dando el brazo á la robusta y colorada Edelmira—mujercita mía, ¿con que se está Vd. de palique con ese caballero?... Pues aquí me tiene Vd. con mi parejita, eso es, en justa venganza.

Sólo Edelmira rió la gracia, que tenía para ella novedad. Pasaron todos al salón donde estaban los demás convidados. Obdulia hablaba con el Magistral y Joaquinito Orgaz; el Marqués discutía con Bermúdez, que inclinaba la cabeza á la derecha, abría la boca hasta las orejas sonriendo, y con la mayor cortesía del mundo ponía en duda las afirmaciones del magnate.

—Sí, señor, yo derribaba San Pedro sin inconveniente y hacía el mercado...